



# *El ala derecha*

*Cegador, 3*



MIRCEA CĂRTĂRESCU

*Traducción del rumano a cargo de  
Marian Ochoa de Eribe*



IMPEDIMENTA



«*Maran atha!* (¡Señor, ven!)»

SAN PABLO, Primera epístola a los corintios, 16:22

## PRIMERA PARTE

Era el año del Señor de 1989. La gente oía hablar de guerras y de revueltas, pero no se asustaban, pues esas cosas tenían que suceder. Era como en los días de Noé: todos bebían, comían, se prometían y se desposaban, como habían hecho desde los tiempos de Nimrod, el famoso cazador, y como harían también sus hijos, confiaban ellos, y los hijos de sus hijos, los siglos y milenios venideros. Ninguno de ellos envejecería ni moriría, su estirpe no se extinguiría en toda la eternidad, el hombre se enfrentaría y vencería cualquier cataclismo, hasta el final de los tiempos. Y si el Sol se transformaba en una gigante roja y engullía uno a uno los planetas de alrededor, los hombres, que habían aprendido a volar, emigrarían a otras constelaciones, y allí seguirían comiendo y bebiendo, prometiéndose y desposándose. Y si el universo en eterna expansión se enfriaba paulatinamente, hasta la extinción final, los hombres pasarían, a través de hiperespacios y agujeros de gusano, a universos paralelos, universos-niños, mundos evolucionados y seleccionados de forma darwinista para poder acogerlos en su seno, a los inmortales, para que pudieran seguir bebiendo y comiendo. No había dioses que dijeran: «Acabemos con el hombre, cuyo hálito está en sus narinas, porque ¿qué valor tiene?».

Hubo terremotos y epidemias por todas partes, pero los hombres, que sabían interpretar el rostro del cielo y podían decir, si veían una nube en el ocaso, «mañana lloverá», eran ciegos a esas señales. Seguían bebiendo, comprando, vendiendo, plantando, construyendo, como habían hecho también en tiempos de guerra y en tiempos de peste. Se compraban cámaras de fotos y bicicletas, iban al cine, hablaban por teléfono, veían la tele, escribían cartas que serían leídas incluso al cabo de diez billones de años, aspiraban el aroma del café de la mañana, leían las noticias del periódico que desplegaban de par en par ante los ojos para no ver la realidad.

Aleteaban, como mariposas lisiadas, con una sola ala, en un avanzar torpe que no era ni volar ni arrastrarse. Porque construían con diligencia una historia del pasado sin preocuparse por la del futuro. No había ya profetas y los que habían conocido a los profetas no vivían ya. Avanzaban sin saber hacia dónde, de manera absurda, como un animal que tuviera todos los órganos sensoriales en la parte trasera y contemplara sin cesar la línea de babas que dejaba a su paso. Los añicos de las tazas estrelladas contra el cemento se levantaban solos, se volvían a pegar y la taza se reconstruía en su mano. Los pétalos secos del iris del florero se iluminaban, de repente, en el alféizar, se extendían y se volvían tiernos, se teñían del violeta más puro y volaban hacia el peciolo para reconstituir, pictórica y triunfante, la inflorescencia. Un gigantesco escotoma cubría la mitad de su campo visual: el pasado era todo, el futuro era nada. Los hombres avanzaban hacia atrás, hacia las pirámides y los menhires, hacia los úteros de los que habían salido, hacia el punto de una masa y una densidad infinita ante el cual no eran ni siquiera nada.

De ahí que, cuando un rayo atravesó los cielos de un extremo a otro, iluminando como el día la semiesfera oscura y sobrepasando al sol en la parte bañada por la luz, haciendo brillar de repente, de forma sobrenatural, los ríos sinuosos y los océanos, los fiordos y los casquetes polares, los animales del bosque se escondieron en sus madrigueras, las arañas se retiraron al centro de sus telas y los peces descendieron al fondo abisal, pero los hombres, que saben

que el verano se acerca cuando la hoja del almendro se ablanda, se pusieron las gafas de sol y subieron a las azoteas de los bloques, activaron sus sistemas de seguridad, miraron el cielo boquiabiertos y finalmente regresaron, encogiéndose de hombros, a sus asuntos. El índice Nasdaq no registró aquellos días ninguna caída especial. Los tenedores, detenidos por un instante en el aire, recuperaron su camino a la boca, y las parejas que precisamente entonces se agitaban en camas con las sábanas arrugadas, tras una pausa atemorizada, se apresuraron a seguir tanteando en busca del orgasmo prometido.

También los bucarestinos vieron, a finales del fatídico 1989, el último año del hombre sobre la Tierra, el rayo cegador, extendido por el cielo, con sus alargadas y temblorosas ramificaciones, como las patas de un ofidio encaramado al mundo. Se les apareció justo después del almuerzo, un día plomizo de mediados de diciembre, blanqueando los edificios de Magheru, la iglesia armenia, los almacenes Victoria y el Comité Central como en una fotografía sobre-expuesta. El millón de rostros vueltos hacia el cielo, atormentados y ojerosos, famélicos y con los dientes cariadados, apenas visibles bajo los gorros y los pañuelos, adquirió una máscara blanca y aterradora que los convirtió, por un instante, en espectros vengadores llegados a reclamar su sangre. En Buzești, unos cuantos chóferes cegados por la formidable descarga se olvidaron de los baches del pavimento y sus Dacias oxidados volcaron en la cuneta. La ciudad se oscureció de nuevo y se difuminó en su habitual gama de grises, en ese gris cadavérico que era su rostro de cada día. A las cuatro y media era ya noche cerrada. Las farolas de los bordes de las avenidas se habían olvidado de encenderse, al igual que las bombillas de las casas de barrios enteros. A través de las ventanas de las barriadas obreras, «las cajas de cerillas», como les llamaban, se adivinaban hombres y mujeres moviéndose a ciegas, sonámbulos, alrededor de la gota de oro de alguna vela. Contemplado desde arriba, en aquellos momentos, Bucarest se mostraba entre las nubes de nieve como un pueblo muy extenso, visible tan solo gracias a los débiles destellos de los candiles. En tiempos de guerra, los bombarderos lo habrían sobrevolado sin reparar en él. Ciudad de los muertos y de la noche, de las ruinas y de

la infelicidad. Liquen ceniciento y polvoriento desparramado sobre el infinito Bărăgan.

A las siete de la tarde, mientras, al avanzar hacia occidente a través de una Europa cubierta de nieve, Viena, París y Roma y Estocolmo y Lisboa brillaban como otros tantos fuegos artificiales lanzados al cielo, mientras las filas de coches de las carreteras se escurrían como gusanos infinitos, con los faros rojos en una dirección, de un blanco deslumbrante en la otra, mientras las instalaciones de la televisión y las chimeneas superaltas de las centrales térmicas y los anuncios de los moteles y los reflectores de las esquinas de los campos de fútbol transformaban el continente en un *flipper* excéntrico, mientras las luces intermitentes de los aviones sustituían la desaparición de las estrellas, Bucarest había muerto y su recuerdo se había borrado de la faz de la tierra. No quedaba de él piedra sobre piedra. Era un paisaje asombroso, un proverbio para los pueblos, una ruina en la que el búho y el erizo construían sus nidos. Pero, así como con su gran sabiduría el Señor ocultó a los sabios los asuntos sagrados y se los reveló a los niños, así como no en Jerusalén, sino en la despreciada Galilea eligió nacer como hombre, también a esta infeliz ciudad de cemento y óxido se le concedió ver, antes que a las demás, la maravilla.

Porque, en aquella hora oscura, la escarcha de hielo que se había depositado durante todo el día cesó. Sobre la ciudad se despejaron los cielos y salieron las estrellas, brillantes y perfumadas como si un remiendo del cielo de verano combado sobre Herăstrău se hubiera perdido entre las nubes acumuladas en la ciudad. Entonces, de las estrellas se desprendió una figura que parecía al principio un minúsculo insecto, como una de esas langostas pequeñas que saltan en la hierba ante nuestros pasos. Al descender, muy despacio, como con prudencia, sobre la noche, los detalles de aquel objeto, suavemente iluminado por una radiación interior, empezaron a distinguirse mejor. Tenía forma como de una medusa y era igualmente transparente. Una bóveda como de zafiro, semejante a la del cielo en su pureza, albergaba bajo ella cuatro postes ultramarinos que resultaban ser, con un segundo vistazo, cuatro criaturas inmóviles

con unas alas como las alas desplegadas de los albatros. Al lado de cada una había una rueda cubierta de ojos. Cuando aquella maravilla descendió y se detuvo a unos cientos de metros sobre el Intercontinental, los soldados que patrullaban por la plaza desierta delante del Comité Central pudieron ver (e informar, alarmados, a sus superiores) que, sobre la bóveda de zafiro traslúcido, como una estatua en la cima de una basílica, había un trono tallado en la misma sustancia mineral, maciza, decorada con signos y arabescos incomprensibles. En el trono descansaba un ser semejante a un hombre, con unos ropajes brillantes como el latón. Irradiaba a su alrededor una luz irisada. El aparato místico emitía un ruido tumultuoso, como los pasos de una gran muchedumbre, un rugido como el del agua del mar, tan intenso y unánime que los torneros, los electricistas y las camareras que dormían profundamente en sus habitaciones estrechas y abarrotadas, envueltos en mantas como unas estatuas etruscas, se despertaron un momento, levantaron la cabeza de la almohada y escucharon hasta que el rugido se confundió con el latido de la sangre en los oídos. Enseguida se sumieron de nuevo en sus sueños con chuletas de cerdo, barras de salchichón y buñuelos rellenos de ciruela... los sueños de una nación hambrienta. Solo un niño morenito, en la zona de Rahova o por ahí, saltó de la cama y se dirigió a la ventana resquebrajada, pegada con cinta adhesiva. Se apoyó con una mano en el radiador helado y, dirigiendo un dedo torcido al cielo, gritó con toda su alma: «¡Mi padre! ¡Mi padre! ¡El carro de Dios y su caballería!». Siguió unos golpes furiosos en la pared delgada como el cartón del apartamento del bloque de calidad III.

En fin, los que estaban haciendo cola por la noche para rellenar las bombonas, para conseguir carne o queso, arracimados unos contra otros para no morir de frío, miraron un instante al cielo, pero ya fuera por el dolor del cogote, ya fuera por el frío desolador, ya fuera por la resignación de prisioneros que brillaba en sus ojos, volvieron a inclinar las coronillas hacia el suelo.



«**E**stá ocurriendo algo en Timișoara», dice mi madre, que tiene dibujada una ventana brillante en la curvatura marrón de cada ojo. En torno a las pupilas, sus iris forman complicadas irisaciones, fibras ocres y fibras oscuras, zonas de ámbar y zonas de violeta. Si una paloma, aleteando a través de la nieve, oscurece por un instante la ventana de la cocina, arroja una gota de sombra también en los ojos de mi madre. Y si se ha sentado, con sus garritas de coral, en la mullida balaustrada del balcón, su ineluctable forma temblorosa se desprende de una capa de fotones que viaja aleteando por el aire invernal y se hunde entre las cejas de mi madre, descoloridas por la edad. Entra en las pupilas y se retuerce ahí, a través de la lente de carne transparente, que se engrosa de repente para percibir con claridad la cabecita de ojos redondos y pico curiosamente cruel, y el penacho de las alas, vuelto bruscamente del revés por una ráfaga de viento. Mi madre coloca granos de maíz en la nieve ligera de la balaustrada, de esta manera tenemos siempre palomas grises en el balcón.

En la luz lechosa que se cuela por la ventana se extiende también un matiz de un rosa delicado. Procede del gigantesco muro del molino Dâmbovița, en la parte trasera del bloque. La piel amarillenta

del rostro de mi madre brilla por el vapor que sale de las cazuelas. Dios sabrá qué ha conseguido cocinar también hoy en ellas. Si le preguntas, te responde siempre, con un dicho que circula en las colas, una sopa en cuatro tomas: toma agua, toma sal, y tomate no tomas... Cada mañana desaparece algo. Regresa amoratada, con ojeras. Aunque vuelva con una bolsa de patas y pescuezos, incluso aunque haya conseguido esa maravilla, lanza a su alrededor una mirada perdida y biliosa: nos ha traído la manduca, algo que llevamos a la boca, cómo vamos a saber nosotros lo que ha sido esa cola, desde las cinco de la mañana hasta... mira, son casi las doce. Qué sinvergüenzas, ¿qué se piensan esos que come la gente? Esto no hay, eso no hay... Mira para qué he tenido que esperar tantas horas que se me ha congelado el alma, ¡que se vayan a la mierda! Y mi madre vuelca sobre el hule un montoncito húmedo de patas de pollo, cadavéricas, con las garras crispadas, cortadas por debajo del muslo, porque los muslos son para exportar... Por estas escamas como de reptil se mata la gente. Otro día vuelca sobre la mesa un trozo tembloroso de jamón Muntenia. Nadie sabe de qué está hecho. Tiembla como la gelatina. Encuentras en él unos jirones como trozos de gasa. En la boca se deshace en cartílagos y en algo harinoso. No sé si huele a gasolina porque ha sido transportado en camión o porque ha sido fabricado con vaya usted a saber qué productos químicos. «¡Que Dios los castigue!», repite mi madre una y otra vez. Está derrotada. No puede más. Y no es por ella, que se rompe las piernas corriendo de cola en cola, o que vuelve con carámbanos en las cejas, sino porque no tiene qué darnos de comer, y ese ha sido su cometido en este mundo desde que tiene uso de razón. Es algo que la saca de quicio. Una vez al mes vuelca en el plato un trozo de queso envuelto en un papel húmedo. «Han traído queso al mercado de Obor. Pero no reparten más que un trozo y ni aun así ha llegado para toda la gente.» Miramos el queso como si fuera un objeto de otro mundo. Nos parece que lo rodea un aura difuminada. Casi se nos cae la baba. Huele un poco rancio, pero ¿qué más da? ¿Vas a fijarte ahora en los detalles? Es queso y se acabó, ¡gracias a Dios que hay! Pero no sé qué diantre le

habrán puesto. Cuando le clavas el tenedor, cruje. Cruje también cuando lo muerdes. Y es tan elástico que dirías que es goma. «¿No se lo habrás comprado a los campesinos?», dice a veces mi padre, lejos, como de costumbre, de todos y de todo. Nunca sabes qué está pensando. A veces dice algo solo por hablar. «Precisamente ayer oí que han pillado a uno que vendía queso hecho con cola, mitad y mitad.» «Se han maleado hasta los campesinos, querido... No les importa que enferme la gente con tal de que a ellos les vaya bien... Y cuando te paras a pensar que antes el queso con tomate era comida de pobres. Acuérdate, Costel, hace diez años veías a los mozos de cuerda del almacén de muebles: plantaban aquí cerquita, en la parte trasera del bloque, una mesa de cocina, taburetes, y se sentaban alrededor, a la sombra, para almorzar. Sacaban de los envoltorios de papel de periódico queso, huevos cocidos, los pelaban allí mismo, en la mesa; sacaban luego unos tomates de esos grandes y jugosos, como los del pueblo, una barra de salchichón... Abrían también alguna lata de judías (¿cómo, perdóname, Señor, podían comerlas así, frías, secas?) y... engullían a dos carrillos. Y nosotros los mirábamos desde el balcón y decíamos: “Mira qué patanes, qué gente tan rústica... Comiendo así, a la vista de todo el mundo...” ¡Ay, come tú ahora como ellos para que pueda mirarte yo!»

Nadie habla de otra cosa que de comida. Incluso los macarrones con mermelada de la posguerra les parecen ahora buenos. Y después de eso, hacia 1960, cuando aparecieron los autoservicios... Ese fue su paraíso. Y las verdulerías abarrotadas de verduras y de fruta. A mi madre se le ha olvidado cómo se le alargaban los brazos hasta el suelo de tanto acarrear sus bolsas de rafia rosa. Cómo me decía: «Agárrate a la bolsa, Mircișor, ¡ándate con cuidado que te atropellan los coches!». Y cómo llegábamos a trancas y barrancas a casa, y resulta que no funcionaba el ascensor. Mi madre lloraba mientras subía un piso tras otro, las bolsas le cortaban las manos (me las mostraba, magulladas, cuando depositaba por fin las bolsas delante de nuestra puerta: ni siquiera podía sujetar la llave para abrirla, me pedía que la metiera yo en la cerradura). Y tampoco recuerda lo desesperada que estaba cuando calculaba, cada tarde, el

dinero que había gastado ese día. Su escritura infantil, con bucles exageradamente redondos, su escritura a lápiz, apretujada, sin gramática... «¡Mira, así se ha ido también hoy el dinero, mira, así!» Y entrechoca, arriba y abajo, las manos con los dedos estirados. «Se ha esfumado. ¡Cien *lei* cada día! Me dan ganas de dejarlo todo, es desesperante...» En cambio, habla sin parar, con un placer que la vuelve de repente más joven, como si hubiera regresado ciertamente allí, la buena vida de hace veinte años. Sentada, selecciona en la mesa las judías secas (pillo también yo alguna arrugada o enferma y la pongo en el montoncito de piedras, tierra endurecida y judías negras, agujereadas o descascarilladas; las gruesas y brillantes van, zumbando, a la cazuela de las buenas), y llena la cocina con su voz, que no es una voz cualquiera, porque la percibo, antes de oírla, con un sentido especial nacido en mí para su voz. «Madre mía, ¿te crees que era como ahora? ¡Que no tenga una persona nada que llevarse a la boca! Entonces había de todo, acuérdate, cariño. No teníamos que estar, como ahora, en la cola desde las cuatro de la mañana para no pillar al final nada. Íbamos a comprar como señores cuando se acababa la comida del frigorífico. ¿Te acuerdas de las mermeladas que te compraba, la de aquellos tarros ovalados donde pongo ahora la manteca del abuelo? De albaricoque, de frambuesa, de lo que quisieras. Te compraba también aquello para mezclar con la leche, ¿cómo se llama? Carísimo, pero había. Y qué napolitanas, y qué chocolate, que no se me ocurría volver a casa sin una chocolatina al menos para ti, siquiera una de aquellas pequeñas con el cazador y Caperucita Roja. En cuanto entraba por la puerta, rebuscabas en mi bolso. El día de los niños te compraba algo todavía mejor, unas napolitanas Dănuș, aquellas rellenas de chocolate... Vete a comprarles algo a los críos ahora... No se puede ser madre hoy en día... Cuando te ponías enfermo, naranjas de la frutería. También entonces había colas, es verdad, y te encontrabas a veces con algún vendedor tramposo, pero el caso es que había naranjas. ¿Quién ha visto, desde hace cuatro o cinco años, naranjas? A la gente se le olvidará incluso el nombre. O el café. Cuando me casé con tu padre, la gente no tomaba café. Quizá los señores, la gente importante

tomaría tal vez. Pero cuando ibas de visita no te sacaban corriendo, como ahora, el coñac y el café. Te servían una confitura en un platito y un vaso de agua. Ahora la gente se ha refinado, no puede vivir sin café. Solo que ya no lo encuentras. Me pregunto con qué fabricarán el *nechezol*<sup>1</sup> ese: parece que tiene trocitos de árbol, cortezas molidas... Pone: mezcla de café. Como dice el refrán: una de cal y otra de arena... Ahora tal vez solo los médicos tomen café del bueno, porque se lo regala todo el mundo. Nosotros, *nechezol*. ¿Recuerdas cómo te mandaba a comprar café cuando eras pequeño? ¿Había entonces algún problema? Mira, aquí tienes ocho con cincuenta, cariño, ve a comprar cien gramos de café. E incluso a veces comprábamos cincuenta gramos... Te molían los granos allí mismo, delante de ti, y tú te guardabas la bolsa caliente en el bolsillo, y cuando llegabas a casa, seguía caliente... ¡Y olía que se llenaba toda la casa! Cuando eras tú más pequeño aún, en Floreasca, compraba achicoria. La mezclábamos con la leche. Venía como los caramelos, en un cucurucho de papel, y dentro estaban aquellas rueditas harinosas, parecía tierra, pero olían a café. Desmigaba una ruedita de esas en tres o cuatro trozos y le añadía leche, se volvía de color café. Estaba rica. Te daba también a ti, porque no había cacao por aquella época. En fin, cuando nos mudamos aquí, al bloque, tenías cinco años y la gente estaba satisfecha... Nos apañábamos mal que bien con un solo salario... Ahora, aunque tengas dinero, no sabes qué hacer con él. Entonces los más boyantes ahorraban para un coche... Los pobres solo comían yogur y ahorraban céntimo a céntimo. ¿Cómo decía Căciulescu? Le preguntaban los médicos: ¿qué has almorzado hoy? Y él respondía: un té. ¿Y en la cena?, decía el médico. Para cenar algo más ligero... Más ligero que el té, ¡ja, ja, ja! Eso mismo hacían los del coche, yogur y más yogur, hasta aburrirse. Cuando nos casamos, nadie nos dio nada. Nos turnábamos en la mesa, como se decía, es decir, comíamos por turnos porque solo teníamos una cuchara. Tu abuelo, un tacaño, ya lo sabes. A la

1. Sucedáneo de café muy popular en los años más duros de la economía rumana bajo el comunismo. (*Todas las notas son de la traductora.*)

familia de tu padre nunca le he caído bien por ser de Muntenia. Ni siquiera vinieron a la boda. Menos mal que tuvimos suerte con Vasilica, y que estuvimos con ella hasta que encontramos un alojamiento donde Ma'am Catana, que si no habríamos dormido debajo de un puente... Y luego... ¡Madre mía! Una habitación pequeña con suelo de cemento, una cama de tablones que se hundió una noche con nuestro peso de lo buena que era, una estufa de leña y se acabó. Un transistor en la pared. Tú eras pequeño, a la guardería no pude llevarte porque llorabas hasta ponerte morado (berreaste durante tres semanas seguidas, desde que te dejaba hasta que te recogía) y a punto estuve de perderte a ti igual que a Victoraş. ¿Qué podíamos hacer? Papá trabajaba en los Talleres ITB, yo todo el día contigo. Y todo aquel patio pendiente de ti, porque eras el único crío pequeño: pasabas de brazos en brazos a todas horas, te achuchaban hasta sofocarte. ¿Te acuerdas todavía de Coca, de Victoriţa, de Nenea Nicu Bă? Estaban locos por ti. Era ladrona, esa era su vida: unas veces en la cárcel, otras veces la soltaban. Cuando estaba fuera, trabajaba como cocinera en alguna casa cuna, en una guardería... Se moría por ti. “¡Eh, Mircişor, ven a ver lo que te ha traído Victoriţa!” Y te daba gominolas y galletas. Tú eras un debilucho, te ponías enfermo cada dos por tres. Criado sobre el cemento, qué más quieres... Encontramos a uno que tenía una vaca, también en Silistra, un poco más al fondo. Tu padre se gastaba un cuarto de su sueldo en comprarte leche fresca cada día, y encima no te la tomabas. Eras un tiquismiquis, que si esto no te gustaba, que si eso otro tampoco... Como ahora, ¡y no digas que no es así!»

Mi madre ríe. No solo con los ojos, en toda la piel de su cara, brillante y fina, se refleja ahora el ocaso de invierno: la ciudadela de ladrillo borrada por las ráfagas de nieve, las puntas de los álamos, varas desnudas ahora, vestidas con un delicado cristal. La escucho mientras contemplo el hule de la mesa. Muevo con el dedo, en los cuadrados marrones, migas secas, semillas de cizaña mezcladas con las judías. No puedo dejar de pensar sino en una cosa: ¿lo recuerda? ¿Sabe quién ha sido? ¿Quién es? ¿Existen en algún lugar detrás de su ojo pineal, que aparece con tanta claridad entre sus cejas cuando

se siente feliz, unas islitas neuronales, ensambladas de miles de formas, que cuentan con miles de voces la historia de Cedric y de la maravillosa diva Mioara Mironescu? ¿Y cómo era cuando, con un seno al descubierto, en su trono de serotonina del centro del mundo, sostenía en su regazo al bebé con piel de cristal de roca y se lo mostraba a todos los pueblos de todos los universos? ¿Recordaba aún mi madre que era Maria? Algo me decía que, si buscara pacientemente, horas y horas, en su bolso granate de soltera, que se había convertido en un depósito de cositas amarilleadas, medio transformadas en serrín y en gusanos —antiguas facturas, garantías, monedas fuera de circulación, algunas fotos en blanco y negro resquebrajadas y escritas por el reverso en bolígrafo, carnets del sindicato y de la policlínica, la cartilla militar de apto no combatiente de mi padre, el sobre ajado, arrugado, con olor a medicamentos caducados, con mis trencitas de la infancia, otro sobre, con la horrenda dentadura postiza que no había soportado jamás—, encontraría, por fin, en quién sabe qué pliegue secreto, lleno de migajas y de moscas secas, el anillo de pelo de mamut de la cantante del Bisquit; un trocito plegado del ala de una mariposa gigante, quemada por los bordes, pero que conservaba en el holograma irisado de sus escamas el olor a mirabeles y a uvas pasas de Tântava, donde antaño otra Maria, la bisabuela de mi madre, se transformaba al alba en mariposa; una ampolla de líquido brillante, de un amarillo pajizo semejante al líquido cefalorraquídeo, en cuyo vidrio azulado ponía una extraña palabra: *QUILIBREX*... Paulatinamente, el paso de las horas, el disco abrasivo de todos los relojes del mundo, había menguado su cuerpo, había desgastado su cabello y sus huesos, había estropeado sus pechos... Mi madre se había impregnado de vejez y de desidia. Maria se había convertido en Marioara, como le llamaban mi padre y todos los parientes, en la mujer que cuidaba de todo el mundo y nunca de ella misma, en la exiliada, la destronada, la amnésica Marioara. Pon la mesa, recoge la mesa. Y espabila a todos por la mañana. Lávalos, plánchalos, hazles la comida. Recoge las cosas de la casa. Barre, tira la basura, haz las compras. Pela las patatas, friega los platos. Día tras día, una y otra vez, hasta la Pas-

cua, hasta Navidad, hasta el final de la vida. Sin otro *gracias* que la satisfacción de mantenerlos a todos como dios manda, de que no vistieran con andrajos, de que tuvieran siempre una sopa en la mesa. La bazofia de cada día en estos tiempos peores que la guerra.

«Después de aquello también nosotros vivimos mejor. A tu padre lo admitieron en periodismo, en Ștefan Gheorghiu. Escribía para el periódico mural, ese de su taller (recuerda cuando te llevé a ver a papá en el torno, y tú, que tendrías dos años y pico, señalaste una máquina en la que ponía algo y dijiste: “aquí ice eche povo”, porque tú pensabas que ponía “leche en polvo” en todas partes, como en tus cajas, y todos los cerrajeros se morían de la risa...). Y debió de gustarles a los jefes lo que tu padre escribía, dijeron que era un joven prometedor, hijo de campesinos pobres, como ponía entonces en los informes. Y tu padre estudió dos años de periodismo y entró en el *Bandera Roja* con un buen sueldo, con un Volga para los desplazamientos... También le ofrecieron una casa del periódico, al principio en un bloque de Floreasca, donde vivimos solo unos meses: nos denunció alguien en la Policía porque yo tejía alfombras. Y es que el telar hacía ruido, no había otra forma. Había que golpear con fuerza con el peine para apretar la lana entre los hilos. Solía tejer por las mañanas, cuando la gente se había ido a trabajar, pero de todas formas se oía. Y había una tal Madam Gângu que andaba siempre buscando motivos de escándalo, la odiaba todo el mundo. Esa es la que se chivó. Así que tuve que renunciar a las alfombras y me quedé en casa para criarte a ti. Pero nos mudamos a otra, también en Floreasca, muy cerca de donde vivíamos. Estaba en una calle llamada Puccini, una callecita tranquila por la que no pasaba más de un coche en toda la mañana. Entonces no estaba Bucarest lleno de coches, como ahora. Y justo al final de la calle había un foso de basura enorme, con hierba en los bordes, y los gitanos habían construido allí sus chabolas... Humo a todas horas, como en sus campamentos... Cuando soplaban el viento desde ese lado, nos ahumaba... ¿Recuerdas cuando te llevaba de paseo por allí y entrábamos en el tugurio del gitano que hacía pendientes y anillos, y que su hija dormía con el cerdito en



la cama, y su madre tenía las trenzas llenas de monedas de oro, de esas que los policías les confiscaban en cuanto las pillaban? También nosotras, Vasilica y yo, recibimos una moneda de oro de la trenza de la abuela, pero me dije: ¿qué puedo hacer yo con media moneda? Y le di a ella mi mitad cuando se casó con el tío Ştefan, para que se hicieran las alianzas. Luego me arrepentí, porque mira, tu padre y yo ni siquiera hoy en día tenemos alianzas, me da incluso vergüenza. ¡Ayyyy! Vivimos en Floreasca, en esa casa, un par de años, hasta que nos trasladamos aquí, a Ştefan cel Mare. Estaba bien... ¡Estaba muy bien! Es cierto que era un poco estrecho y con una cocina pequeñita, solo el fregadero y el hornillo, ni pensar en comer en ella, comíamos en la habitación grande, donde teníamos también la cama. Y teníamos otra habitación, era más bien la tuya, y el baño en el medio, con dos puertas que daban a una y otra. Eso no estaba bien, porque cuando iba alguien al baño, apestaba toda la casa. Y teníamos calefacción de gas. ¿A quién se le pasaría por la cabeza instalar las estufas de cerámica entre habitaciones, empotradas en la pared, la mitad aquí y la otra mitad al otro lado? Pero, en fin, menos mal que funcionaba. Y en el baño teníamos una bañera de esas cortas, con un escalón que te impedía tumbarte como dios manda. Por lo demás, estaba bien, era bonito, era siempre verano, todos los arbolitos de enfrente estaban llenos de flores... Tú entrabas y salías por la ventana, porque vivíamos en la planta baja. En la parte trasera tenías un solarío con arena, jugabas allí con Doru (¿te acuerdas de Doru, el del otro portal?), con Helga, la hija de la señora Elenbogen, adonde íbamos a ver la tele, con Aurica... Os pasabais el día acucillados en la arena. No me preocupaba por ti. El barrio era tranquilo, Dios mío, era el paraíso. Te ponía en la mano una nota y unas monedas y te mandaba a comprar el pan o a la tienda de ultramarinos, al final de la calle. Te conocían todas las vendedoras. “¡Deme lo que pone aquí y las vueltas!” , les decías, y se morían de la risa. No tenías ni cuatro años. Ibas tan limpio que todo el mundo se hacía cruces. Te vestía solo de blanco. Y cuando jugabas en la arena, te agachabas y la removías con un palito. Algunas vecinas me decían: ¿cómo lo haces, querida, para tenerlo

siempre tan limpio? El mío vuelve como un cerdito, tengo que lavarle la ropa todas las noches. Pero eras delgadito, no comías... Las comidas eran una tortura. No sabía qué diantres darte, que Dios me perdona...»

«¿Por qué nos marchamos de Floreasca?», le pregunto por preguntar, pero de repente le presto atención, porque mi madre ha dejado de cribar los granos de judías. Mete la mano en la cazuela y mira cómo sus dedos aparecen y desaparecen en el montón tintineante. Los copos grandes, cargados de agua, que caen veloces en el cielo invernal, son ahora de un rosa sucio en el cielo cada vez más oscuro, tan tétrico que empieza a confundirse con el molino. En alguna parte, muy lejos, se abre camino a través de la nevada una lucecita roja, apenas adivinada: es la estrella de la punta de la Casa Scânteia. Me levanto, abro la puerta del balcón y salgo, acompañado del vaho de la cocina recalentada. El frío y la humedad me estremecen de repente. La nieve cae violentamente, me fundo en el ocaso, en el frío y en la soledad. Los álamos de la parte trasera del bloque clavan sus varas en el fieltro celeste, en ese-lugar-lejano de donde vienen los copos, negros sobre el cielo ocre, sucio-fluorescentes cuando se posan en los cientos de alféizares de ladrillo de las ventanas del molino, en sus frontones de ciudadela alucinada, en su patio inmenso y desierto. Las huellas de unos pasos salen de una de las puertas, avanzan hasta el centro del patio y ahí se interrumpen. La nieve cuaja lentamente alrededor, susurrando de forma casi imperceptible, bajo la luz mortecina de una sola bombilla. «Mi mundo», murmuro, «el mundo que me ha sido concedido». Extiendo las manos, siento en la piel el beso helado, húmedo, dulzón de cada copo. Vuelvo el rostro hacia el cielo, tanto que siento la balastrada con la apófisis de cada una de las vértebras que la tocan. Nieva sobre mi cara, sobre mis párpados cerrados, siento cómo se acumula la pelusa de la nieve sobre mi máscara, en esa zona ovalada donde se concentra casi toda mi humanidad, así como el ojo recibe casi todo lo que siente una persona. Yo soy mi rostro, un rostro de araña y de arcángel, de ácaro y de viento y de rayo y de terremoto. Mi rostro que brilla sin que yo lo sepa y que cubro

con el velo silencioso de la nieve. Cuando siento los labios y los párpados entumecidos y, tras ellos, los huesos del cráneo de hielo fino, con pompas de aire aquí y allá, me incorporo, me sacudo los cristales mezclados con agua y vuelvo a entrar en el capullo oscuro que rodea a mi madre. Ella sigue eligiendo las judías, que brillan ahora como perlas en la oscuridad oliva de la cocina y contempla muy atenta un punto del hule en el que no hay nada. De hecho, sé lo que está haciendo, lo he hecho también yo miles de veces. Deja que los globos oculares diverjan, levemente, en la superficie beis, con cuadrados marrones, del hule, contempla, sin fijarse, el conjunto, no lo contempla, de hecho, sino que ve, ve sin mirar los cuadraditos que empiezan a migrar, fantasmales, unos hacia otros, hasta que los cuadrados contiguos se superponen en filas que se despegan de su plano y el hule se transforma de repente en un cubo de luz, de aire luminoso y profundo, en el que las filas se sumergen en una perspectiva espectral, afilada, mística y cristalina, de tal manera que sabes que no estás contemplando un objeto de la realidad, sino que brilla hipnótico en el centro de tu occipital, en la zona visual de tu mente. Con los globos oculares paralelos, como los de los ciegos, ves tu campo visual, ves tu vista, vives feliz y meditativo tu interioridad pura, luminosa, extendida hasta el infinito de la mente. Comprendes entonces cómo verías si no tuvieras ojos, como se ve a sí mismo el cosmos ciego e inteligente que fluye, como una miel espesa, en los panales de nuestros cráneos. La oscuridad es ahora casi total, solo los pétalos azules del hornillo iluminan débilmente la mesa, la viejísima alacena con algunas tazas y copas melladas en la vitrina sin cristal, a mi madre con su cabello suave y reacio a cualquier arreglo. Cuando tiene que asistir a un bautizo o a una boda, va también ella a la peluquería, se gasta un montón de dinero en una permanente ridícula, con rizos como salchichitas, pero al día siguiente su cabello está igual, liso, insulso, sin personalidad. Así que, habitualmente, se pone unos bigudíes, unos horrores metálicos con unas gomas pringosas, pero que son de todas formas un progreso respecto a los lazos de papel de otra época. Los periódicos impregnados de la tinta más barata, *Scânteia*,

*România Liberă, Sportul Popular e Informația*, con los que también nos limpiábamos el culo, con los que envolvíamos el bocadillo para llevar a la escuela y que en verano poníamos en las ventanas antes de retirarlos, amarilleados, en otoño, parecían encontrar, en el cabello de mi madre, una especie de apogeo de su omnipresencia, de los cientos de usos que se les daban: con los lazos en el pelo, mi madre se convertía en una flor extraña o una deidad enigmática, fantásticamente adornada. Un núcleo del mundo de papel en el que se encontraba sumergida. Retorcidos y envueltos con mechones de pelo, los trozos de periódico dejan ver todavía el rostro de un dirigente, la pierna de algún futbolista, el fragmento de algún artículo sobre la colectivización agraria. Una hoz y un martillo superpuestos, alguna estrella de cinco puntas arrebatada a los códigos de la cábala (sí, Fulcanelli, el pentagrama que te encierra en su centro), una sola fila de los cuadraditos de un crucigrama. Durante toda la mañana, después de lavarse la cabeza, bregaba para sujetarse el pelo. Cuando estaba lista, los lazos retorcidos como el estaño de los bombones, o como la telomerasa, la molécula de la inmortalidad, se humedecían por culpa del cabello mojado y colgaban penosos en torno a su cuero cabelludo, tan blanco que era como si el pelo le creciera directamente del cráneo. El agua corría a chorros detrás de las orejas de mi madre, por las mejillas, por el cuello, empapando su bata de algodón entre los omóplatos. Entonces metía la cabeza en el horno y aguantaba el aire caliente del hornillo del gas hasta que el pelo se secaba y los lazos se abrían con tanta violencia que casi llenaban la habitación. Mi madre entonces estaba guapa. Se miraba al espejo, se pasaba la mano por el gigantesco ramo de periódicos en flor, crujientes, y, para que no le diera pena quitárselos, hacía una locura: salía de nuestro apartamento, cruzaba el vestíbulo de la casa, siempre helado y verde, y se plantaba ante la puerta de la entrada, bajo los cielos de la tarde, cubiertos de nubes y de melancolía. Permanecía allí, como un pavo real, varios minutos, mirando el vacío, dejándose ver, y corría de vuelta, espantada por su propio valor, porque mostrarte ante los demás con los lazos en el pelo era un gesto vergonzoso. Se los quitaba y luego los arrojaba,

un montón ceniciento, sobre la alfombrilla de la habitación. En la cabeza tenía ahora, al menos hasta la noche, los mismos rollitos de todas las mujeres conocidas, que asomaban, elegantes, de los pañuelos estampados con arabescos.

Y así nos quedábamos, a la luz del hornillo que temblaba en nuestros rostros como los quinqués de las paredes de Tântava, y mi madre volvía una y otra vez a nuestra comida de cada día, a las colas, a la pobreza. «Antes me atormentaba pensando qué prepararos, voy a hacer un pollo guisado y arroz, que ya os habréis hartado de tanta carne de cerdo. Solía preparar también una sopa de verduras, le añadía yogur... ¡estaba muy rica! Pero eso una vez al mes. ¡No había ningún problema! Ibas al mercado, a la plaza de Obor, y encontrabas en una sección el pescado, en otra la carne, con cerdos partidos por la mitad colgando de los ganchos, parece que los estoy viendo, con cabezas de cerdo para quien quisiera comprarlas (eso solo se lo llevaban lo más pobres...). Los carniceros tenían unos tocones en los que cortaban con el hacha los costillares de ternera o de cerdo y sus delantales eran todo sangre. Hacías una cola aquí, cogías la vez en otra y en una hora habías hecho todas las compras. ¡Solo necesitabas dinero! Si querías carne picada, te la picaban allí mismo. ¿Que querías salchichas? Había de todas las clases, frescas (con intestino de verdad, no de plástico, como les pusieron luego), ahumadas, longanizas... lo que quisieras. Ayyy, otros tiempos. Ahora te da vergüenza tener invitados. Pero la gente tampoco va de visita, que sabe que no te pueden servir nada en el plato. Hace diez o quince años, cuando venían a vernos Vasilica y el tío Ștefan o la madrina, cocinaba la víspera. Al principio les ofrecías un aperitivo, *telemea*, salchichitas, aceitunas, algo de embutido (¡qué jamón cocido había entonces, qué mortadela! ¡de chuparte los dedos!), unos huevos rellenos, una țuică<sup>2</sup> del pueblo... Luego la sopa, que eso llena la barriga. Esperabas un rato, charlabas, vete a sacar el asado del horno. A mí casi no me daba tiempo a sentarme a la mesa, de aquí para allá con los platos... ¿Vino? No comprábamos, era malo

2. Aguardiente fabricado en casa.

aquele de nueve *lei*, vino de tablones de madera. Que si Murfatlar, que si Târnave, que si Dealu Mare... Pamplinas, eran todos iguales. Así que hacíamos nosotros el vino en casa, en damajuanas. En otoño íbamos al mercado y comprábamos un par de sacos de uva, blanca, negra, lo que hubiera. Las estrujábamos en cazuelas y el mosto lo vertíamos en las damajuanas. El resultado era un vinillo tinto y espumoso, no podías parar de beber. Nos duraba hasta el verano... Hacíamos también licor de guindas, ese no me salía tan bien. Y tampoco me gustaba demasiado, porque me atontaba. Después sacabas los hojaldres de queso de vaca, de manzana... Mira, con Vasilica, me acuerdo... Cuando fuimos una vez de visita. Dice: "Marioara, hoy os voy a servir solo sopa". Roja de vergüenza como un cangrejo, pero hasta ella misma se reía de la tontería que había hecho. Había decidido preparar *sarmale*. Había comprado carne, la había mezclado con arroz, con pan, en fin, como se hacen; estaba todo listo, solo le faltaba comprar col fermentada. Va a la plaza de su barrio, en Dudești-Cioplea y ¿qué es lo que se encuentra? Ese día no habían venido los que vendían coles y hojas de parra encurtidas. ¿Qué podía hacer, qué podía hacer? Tampoco tenía tiempo para preparar un guisado, que estábamos nosotros al caer... Bueno, ¿qué crees que se le ocurrió? Tenía sobre la estufa algo de celofán para sellar las tapas de los frascos cuando hacía mermelada. Cogió ese celofán, lo cortó en trocitos y... ¡alabado sea Dios!, puso la carne de los *sarmale* dentro. ¡Hizo *sarmale* envueltos en celofán! Los puso a cocer y, cuando miró, en la cazuela solo había agua con el relleno, el celofán se había derretido por completo...

La vida era bonita entonces. Pensabas: mañana voy a ir a ver a Fulano. La gente no tenía teléfono, te presentabas sin avisar. Pero todo el mundo se alegraba de tu visita. Y te servían algo inmediatamente, era impensable no hacerlo. Podías decir una y mil veces que ya habías comido, que no tenías hambre. Al final te ibas empachado. Y qué pelea cuando te levantabas de la silla: no te vayas, no te vayas, que nos enfadamos... Si hubiera sido por ellos, no te marchabas jamás. Caía la noche cuando, por fin, te movías. Dios mío, ¡qué estrellas había allí, en Dudești-Cioplea, donde mi hermanal

Estaba oscuro-oscuro, no como aquí, en la ciudad. Y una multitud de estrellas en el cielo. Caminabas entre papá y yo, muerto de sueño, hasta la parada, esperábamos el tranvía en aquella soledad (era el final del trayecto: no había casas alrededor, hasta donde se perdía la vista, tan solo aquella fábrica vieja y abandonada) y lo veías aparecer a lo lejos, avanzando muy despacio, tambaleante, por sus carriles... Siempre estaba vacío, solo el conductor y la cobradora, que dormitaba con la cabeza apoyada en su mostrador... Te quedabas dormido en mis brazos una hora entera, hasta que llegábamos a casa... Te llevaba en brazos hasta la cama, te desvestía, te ponía el pijama y tú no te despertabas, estabas agotado. Creo que donde Vasilica estabas siempre subido al cerezo. O en el sembrado, con los críos, sacando avispones de los agujeros. ¡Ay, cariño, vete ahora de visita si es que puedes! No digo adonde Vasilica, ella es mi hermana, sino adonde los demás, adonde Ionel, Grigore, adonde la madrina... O invítalos a tu casa, si es que te llega. ¿Qué vas a ofrecerles? ¿Unas alitas de pollo? ¿Unas manitas de ministro? ¿*Nechezol?* Salchichón, aunque también está racionado: doscientos gramos al mes. Los huevos, racionados. ¿Pan? He oído que en otros sitios te lo dan con cartilla de racionamiento, aquí no, pero tienes que hacer cola hasta ponerte enfermo si quieres pillarlo. ¿No me quedé yo sin pan antes de ayer? ¡Qué va a ser de nosotros...! Y mira, así se asilvestra la gente: no visitas a nadie, te quedas en casa y te muerdes los puños de desesperación. Sí, como decía aquel, en vano peleas si no tienes bríos... ¿Qué puedes hacer? ¿A quién vas a pedir cuentas? Antes había en todas las tiendas un cuaderno atado con una cuerda, se llamaba "Registro de sugerencias y quejas". Y en él apuntabas si te encontrabas, como me encontré una vez yo, un clavo en una lata de pisto o una mosca en una botella de cerveza. O si las vendedoras se mostraban descaradas. No pasaba nada, pero al menos te desahogabas. A la tienda de la esquina vino una vez una loca que llenó el registro en un día: unos desvaríos, que si el fin del mundo... una sarta de disparates. La encargada se lo leía a la gente, se santiguaba y se echaba a reír. Pero de unos años a esta parte todo va de mal en peor. Como dice el refrán, el pescado se pudre por la

cabeza. No sé, cariño, tenemos que hablar más bajo para que no nos oiga nadie. No puedo soportarlos: él y ella, él y ella, en todas partes, solo lisonjas y porquerías... Y veo también la programación infantil. ¿Qué es lo que ven los niños ahora? ¿Sigue existiendo Michaela? ¿Siguen Danieluța y Așchiuța? Antes teníais dibujos animados, programas entretenidos, con el capitán Tor-Bellino... Los veía yo contigo con mucho gusto... Y los domingos por la mañana Daktari, el planeta de los gigantes (ese duró unos cuatro años, cada domingo, hasta que la gente se cansó), ¿te acuerdas? El caballo Furia, el delfín aquel... Les gustaban a los niños. Estabas ante el televisor, acuérdate, en camiseta, sobre la alfombra, en el frío del pleno invierno. ¿Qué más daba? Los radiadores gorjeaban, no podías tocarlos. Ay de los críos que han nacido ahora. ¿Cómo los lavarán? Cómo los acostarán con este frío, mira, hay que tener los abrigos puestos todo el día... ¿Qué sinvergüenzas! Si ves la tele, dirías que lo adora todo el mundo. Solo programas zalameros de esos. Te dan ganas de vomitar. Ves a unos niños guapísimos, vestidos de pioneros, firmes en el escenario y diciendo solamente “Camaraaaaaa Nicolae Ceaușescu, esto y lo otro, cuánto te queremos... Camaraaaaaa Elena Ceaușescu, madre amorosa y sabia...”. Qué sabia ni qué sabia, que he ido yo a la escuela más que ella. Y qué vamos a decir de él, ya conoces ese chiste, en su casa empezó un incendio y salieron corriendo, y cuando el fuego estaba en pleno apogeo, él vuelve corriendo a casa y sale con unas zapatillas. “Pero cariño —dice ella—, ¿has arriesgado tu vida por estas zapatillas?” “¿Y tú por qué no te has llevado tu diploma?” Las zapatillas eran su diploma, porque esa era su profesión, zapatero. Dicen que por eso se ríe así, de medio lado, en las fotos, por los clavos de zapatero que sujetaba entre los labios... No tiene gracia, es para llorar, qué va a ser de nosotros, quién ha llegado a gobernarnos. Bueeno..., si Dios quiere y conseguimos pasar este invierno, ya saldremos adelante. Y a ti, Mírcea, que no se te ocurra hablar con nadie sobre estas cosas. Ni con tus mejores amigos. Nunca sabes a quién se lo pueden contar. Estos lo averiguan todo y están alerta para pillarte con algo. Casi me muero cuando te llevaron en primavera. Pobrecito mío, lo



que sufrimos entonces... Tu pobre padre andaba desquiciado, entonces pudo ver también él lo que son capaces de hacer estos. Se le caían las cosas, tiró su medalla por el váter (aquella tan bonita de la colectivización, con la que jugabas cuando eras pequeño, te acuerdas de que la llevaste a la escuela y de que te la quitó Porumbel, pero lo pilló la maestra y nos la devolvió)... Dios mío, qué miedo pasé... Llegué incluso a pensar..., para que veas lo que se te pasa por la cabeza en momentos como ese..., pensaba: ¿y si esta medalla viaja bajo la tierra, por las tuberías, y se atasca en algún sitio (porque era bastante grande y tenía un trozo de tela sujeto con un imperdible, para prenderla al pecho) y se la encuentran los poceros —antes los llamábamos mierderos— y la llevan al partido? ¿Y si detienen también a papá? Y yo llora que te llora, lloraba todo el día. Por la noche soñaba solo con la medalla, cómo la arrastraba el agua entre cacas y porquería, por las alcantarillas... Y en todos los sueños —no te rías de mí—, la condecoración llegaba al baño de Ceaușescu, caía en su bañera a través del grifo de agua caliente, mientras se estaba bañando. Y él decía: “¡Traedme la lista de todos los que han recibido esta medalla!”. Y la sostenía en la mano, dándole vueltas... De repente era una medalla, de repente se convertía en un doblón de oro, como aquellos de la trenza de la abuela... ¡Sueños! Nuestra salvación fue el pobre Ionel, como con la alfombra, entonces, en Floreasca. Él anduvo apelando a sus contactos entre los jefes (que también los securistas son gente como los demás, se toman un cafetito, se fuman un Kent, leen *El más amado de los mortales...*<sup>3</sup> bueno, el que puede roe los huesos, el que no, ni la carne tierna...), en la sección de psiquiatría, a donde te habían llevado a ti. Te devolvieron aquellos papeles porque no querías salir del manicomio, tú erre que erre: ¡las hojas y las hojas! De repente, un día me encuentro con que viene Ionel con un paquete grande, atado con un cordel: “¡Aquí tienes el manuscrito, Marioara!”. Menos mal que no ha mencionado al Camarada o el partido, que no habría podido sacarlo. Cuatro de mis compañeros se han estrujado

3. Novela de Marin Preda.

el cerebro con él, uno es incluso escritor, que también tenemos de esos, ha escrito algunas novelas policíacas. Me dijo: “Este chaval está loco, por algo está en psiquiatría. No hay nada peligroso en los papeles. Solo disparates con tumbas, con Dios, con unos holandeses... No merece la pena darle más vueltas, ya tenemos bastantes problemas”. Así es, cariño, yo también eché un vistazo a la primera parte y me enfadé contigo: ¿cómo pudiste escribir eso sobre nosotros, que tengo dentadura postiza, que en la cadera tengo...? ¿De dónde sabes tú lo que tengo en la cadera y qué les importa a los demás? Cuántas veces te habrá dicho tu padre que no escribas todo lo que se te pasa por la cabeza, escribe lo que se lleva... Podrías tener ya algún libro publicado, como Nicușor, el del otro portal, como ese otro escritor de este edificio, el del portal 6 (¿cómo diantres decía que se llama?) y que, en las reuniones de escalera, se levanta cada dos por tres y dice: yo soy escritor, como si alguien le preguntara qué es... Tú no has encontrado otra cosa mejor que escribir que tu padre se pone una media de señora en la cabeza. ¿Y qué más da? Eso es lo que hacían todos los hombres en esa época, por la noche dormían con una media de señora en la cabeza para que el pelo se les quedara pegado por detrás, porque se llevaba así: hacia atrás y peinado con aceite de nuez. No es nada vergonzoso. Pero ¿por qué tienes que escribir tú sobre eso? Escribe sobre cosas bonitas, que no eres tonto, y has leído un montón de libros. Mira, un libro bueno lo puedes leer incluso diez veces y no te aburres. Dios mío, qué bonito es *El Danubio desbordado*, o ese con Șuncariță y con Ducu-Năucu el Canoso... Cómo hacían los ladrones sus collares con caracolillos de pasta, los pintaban, los ensartaban en un hilo y decían que eran collares... O *La isla de Tombuctú*: me pasaba tardes enteras contigo, debajo del edredón, y te lo leía hasta que me quedaba ronca y no veía ya las letras porque se hacía de noche... Con aquellos salvajes que escribían en hojas de palmera... Nunca conseguí leerte *Velas arriba*, era demasiado grueso, con *Los reyes malditos*, lo mismo. De los cuentos, en cambio, no me canso jamás: este, *Cuentos populares rumanos*, es muy bonito. Con él aprendiste a leer tú solo. Parece que te estoy viendo: tumbado en

el baúl de la habitación, en la habitación delantera, con el libro abierto sobre la cabeza. Cuando terminaste “Ileana Cosânzeana”, el cuento más largo del libro, te morías de felicidad. Ahora ni siquiera leo, ¿de dónde voy a sacar tiempo de leer cuando me estrujo la cabeza todo el día pensando qué os pondré mañana en el plato? Y adónde iré, con esta ventisca, a comprar algo donde digan que han traído yogur, huevos, que han traído huesos de vaca. La gente corre a todas partes, desesperada, para conseguir unas patas de pollo. ¿Es que también ellos comen eso? ¿Es que es eso lo que le dice él: Leana, vete a hacer cola, que igual pillas un pollo de Crevedia...?<sup>4</sup> Este verano ha habido una exposición en la Feria de Muestras. Cuando eras tú pequeño íbamos cada dos por tres, porque estaba junto al trabajo de papá, en la Casa Scânteia. Recuerda cuando aparecieron los primeros bolígrafos de plástico, la gente estaba maravillada. Allí los compramos. Y cuando trajeron los rusos el cohete en el que había volado Gagarin... Tenemos también una foto, perdida por mi bolso. Pues este año han hecho otra exposición con muchas empresas de todo el mundo, con muebles, coches, de todo. Y ha habido también, cariño, un pabellón con comida. Es decir, lo que nosotros exportamos. ¡Allí no te dejaban entrar, eso creo! Estaban todas las delicias del mundo. Cuando acabó la exposición, tiraron a los cubos de basura los folletos..., los prospectos con lo que habían expuesto allí. Y hubo gente que los sacó y los repartió, a escondidas, entre los transeúntes, por la calle, también los buzonearon. Fueron muy valientes. Si los hubieran pillado, solo Dios sabe lo que les habría pasado. Madam Soare me enseñó uno de esos cuadernillos. ¡Madre míaaa lo que había allí! Mira, incluso ahora se me hace la boca agua. Qué jamones, qué embutidos, qué quesos, piezas y más piezas, cariño, qué paté de hígado del bueno, del que había antiguamente. ¡Había de todo! Unos pollos gordos, con las patas envueltas en estaño, con la piel reluciente por la grasa, queso de ese con mohó, como el que ves en las películas (no sabíamos que también se producía aquí), salchichas, lomos atados con un cordel,

4. Inmensa granja avícola fundada en 1959.

como si fueran meloncitos... En otra hoja estaba el pescado, caviar rojo, caviar negro, pescado ahumado, toda clase de especialidades, quién las inventaría... Luego los vinos, tenías que ver qué botellas tan bonitas, qué etiquetas doradas... Zumos, helados en cajas grandes de plástico. Y chocolates, tesoro, de toda clase, bombones rellenos de crema... Todo, todo, todo se exportaba para los extranjeros. Todo para la exportación, para que pagara él sus deudas, ¡que se lo lleven los demonios con sus ridículas deudas! Yo diría: bueno, hay que exportar, pero que les quede también algo a los pobrecillos de aquí, que tengan con qué pasar los días. ¡Pero ellos nada de nada! Nada, cariño, como los perros. Nos matan cada día, nos entierran los muy desgraciados. Que llegues a morirte de hambre en Rumanía, ¿dónde se ha visto cosa igual? Ni cuando trabajabas para los señores (por aquel entonces tampoco se vivía bien), ni en tiempos de guerra fue peor. Ni durante la gran hambruna de después, en el 48 o 49, cuando venían los moldavos a vender todo lo que tenían por un trozo de pan, era como ahora. Dios mío, Dios mío, adónde vamos a llegar...»

Como todas las tardes, se echa a llorar. No le toco el brazo, no acaricio su cabello despeinado. Al día siguiente no me levantaré yo, al alba, para hacer la cola en su lugar. Será ella la que me ponga la manduca en el plato. Comeré la piel arrugada de las patas y de los pescuezos de pollo de la sopa como si el propio cuerpo martirizado de mi madre estuviera desmembrado en aquel aguadillo transparente. Lo comíamos todos los días, nos la comíamos viva. Con mi pijama harapiento, casi putrefacto, el mismo con el que, quince años antes, me quedaba en el arcón contemplando el panorama de Bucarest a través del triple ventanal de mi habitación de Ștefan cel Mare, con el gorro calado hasta las cejas y los pies descalzos, me levanto de la silla, la observo largo rato (un icono a carboncillo, embrutecida por el dolor, solo las líneas de sus lágrimas brillan en los pétalos azules del fuego del hornillo), escucho cómo ruge el ascensor en las profundidades del bloque, cómo silba a través de las grietas de la puerta del balcón el viento helado del invierno. Me dirijo al vestíbulo, entro en el salón, donde mi padre ve la televisión

con gesto ausente en un rincón de la habitación oscura y llego a mi habitación. Cierro, como siempre, la puerta, la puerta que me separa del cosmos. No enciendo la luz. Las cosas, a mi alrededor, son negras y mudas: la cama y el armario, la mesa, la silla. Latentes, no creadas, tal y como son las cosas cuando no las ve nadie. Solo cuando pasa, aullando, un tranvía, o algún coche con los faros encendidos, adquieren también ellas una fosforescencia espectral. Entonces las bandas de luz azul-eléctrico o verdoso corretean extendiéndose por el techo. Paso junto a mi manuscrito, miles de hojas apiladas sobre la mesa, las últimas palpitan en la onda de aire que dejo al pasar. Apoyo la mano izquierda sobre él y siento el latido profundo, testarudo, de mis arterias debajo de la piel. Vivo, vivo y hialino, transparente en las líneas de luz que corren por la habitación. Corro a la ventana y me estiro, poniéndome de puntillas, para sentarme en el baúl. Coloco las plantas desnudas en el radiador y las aprieto, aunque su hierro pintado está ahora helado. Pego la frente a la capa de hielo de la ventana. Mi respiración la empaña dibujando, sobre la violenta nevada de fuera, dos delicadas alas de mariposa. Solo ahora, aquí, me atenaza el llanto, el llanto desesperado del hombre más solo sobre la faz de la tierra. Las lágrimas que inundan mis córneas se transforman al instante en afiladas cortezas de hielo.